

¿Quién no exclamará con David: en ti, Señor, he puesto mi esperanza, y jamás me veré confundido? (1) Solo el pecado puede interponerse entre Dios y nosotros, amenazando privarnos para siempre del bien que esperamos; pero este Sacramento, dice el Concilio de Trento, es el antídoto que nos preserva de los pecados mortales, y nos libra de los veniales (2); es, dice San Ignacio Mártir, medicina de inmortalidad (3); y por su medio, Cristo reprime la fuerza de las pasiones, robustece á los débiles, y calma toda agitacion en el alma (4). Recibamos, pues, ese pan divino que, fortaleciéndonos como á Elías el que le dió el ángel, nos hará subir al monte de la vision, para alcanzar la herencia incorruptible que, San Pedro dice, está reservada para nosotros en el cielo (5). Unámonos á Jesucristo en la Eucaristía. Con noble aspiracion busquemos el término á que nos lleva, sigamos el camino que nos traza. El camino es el sacrificio de todo por la virtud: él nos hará héroes, nos hará santos. El término es el cielo, es Dios, para quien fuimos criados, y á quien nos lleva la esperanza sostenida por la fe y por el amor: él nos hará felices, nos hará eternamente gloriosos.

(1) Psalm. XXX, 2.

(2) Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemus. (Conc. Trid., ses. 12, cap. 2.)

(3) Pharmacum immortalitatis est, antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Jesu Christo. (S. Ignat. M., Epist. ad Ephes.)

(4) Christus in hoc Sacramento sævientem membrorum legem sedat, collisos redintegrat, perturbationes animi extinguit. (S. Cyrill. Alex., lib. 4 in Joann., cap. 17.)

(5) I Petr. I, 3, 4, 5.

---

## CUARTO SERMON.

---

La felicidad en la union con Dios: el amor, lazo de esta union. La Eucaristia, Sacramento de amor, fuente de felicidad.

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

(Joann. XIII, 1.)

SEÑOR, oi tu palabra, y temí; consideré tu obra, y quedé pasmado (1). Así exclama, Señores, el Profeta contemplando en vision sublime el misterio del Verbo unido á la naturaleza humana en la Encarnacion, y entrando en la carrera de las humillaciones y del sacrificio desde su nacimiento en la cueva de Belén (2). Mejor podemos nosotros repetir esas palabras contemplando las admirables armonías del Sacramento Eucarístico, en que Cristo renueva su encarnacion, perpetúa su sacrificio, y llevando al último extremo su inefable dignacion, alimenta al hombre de sí mismo para realizar el designio del Padre, de restaurar en él y por él todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (3). Esta restauracion del

(1) Habac. III, 2, in versione Septuag.

(2) ¿Quid enim hoc est, nisi præcognitæ, novæ ac repentinæ salutis hominum ineffabilis admiratio? (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, cap. 32.)

(3) Ephes. I, 10.

hombre principia en el conocimiento de Dios, y Cristo se lo da por la fe, de la cual este Sacramento es el misterio más consolador. Se apoya en la esperanza de la gloria, á la que se camina por el sacrificio; y Cristo le da en la sagrada Eucaristía la prenda de esa gloria, el modelo del sacrificio, y la gracia necesaria para abrazar este y llegar á aquella. Se consuma con la caridad que une á Dios, y Cristo le da en este Sacramento la fuente de la caridad, y el medio más cierto y eficaz de unirse á Dios. Este último es el punto de vista bajo el cual hemos de considerarle hoy. Yo quisiera, hermanos míos, tener mis labios purificados y mi lengua abrasada con aquel carbon encendido y seráfico que purificó los labios de Isaías, para explicar las inestimables riquezas de la inmensa caridad de Jesucristo con los hombres. Yo quisiera mi corazon abrasado con un celo y ardor cual se requiere para celebrar el infinito amor de Jesucristo. Solo el amor puede hablar de los misterios del amor, y este misterio se llama el misterio del amor por excelencia: en él, como dice Tertuliano, llegó Jesucristo á la consumacion de la caridad (1), derramando, añade el Concilio de Trento, todas las riquezas de esa caridad sobre nosotros (2). En su omnipotencia no pudo darnos más, exclama el grande Agustino; en su sabiduría no supo hacer más; en su riqueza sin fin y en su amor inmenso, no le fué posible llegar á más para hacernos felices (3). Porque ese Sacramento es la felicidad del hombre, el bien sumo dado

(1) Sublimatus est in consummationem. (Tertul. adv. Judæos, cap. 14.)

(2) Sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui erga homines amoris velut effudit. (Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.)

(3) Dicere audeo quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. Aug., Tract. 26 in Joann.)

á cada uno en la tierra de una manera misteriosa pero real, preludiando la posesion del mismo bien en el cielo, de una manera clara, perfecta y eterna (1).

Hé aquí el término de la grande obra de Jesucristo, el término de la restauracion, la union del hombre con Dios para ser inmensamente feliz. Sentemos una proposicion. La felicidad del hombre está en Dios, se logra por la union con él, y el lazo de esta union es el amor: primera parte. La sagrada Eucaristía, Sacramento todo de amor y vínculo de caridad, es la fuente inagotable de esa felicidad, haciendo que por la Comunión el hombre viva de Dios, sea como Dios: segunda parte.

#### PRIMERA PARTE.

El hombre, Señores, ha nacido para la grandeza, para la felicidad, y con todas sus fuerzas aspira siempre á ella. Esta aspiracion generosa, efecto de la semejanza de Dios que hay en el hombre, forma la pasion universal (2). Es la pasion que resume y comprende en sí todas las demás pasiones, las engendra, las fomenta y las mantiene todas; ella es el móvil de todas las acciones, de todos los deseos. ¿Y qué es la felicidad? ¿En qué consiste? En la posesion de un bien que á la vez sea verdad, belleza y bondad, para satisfacer cumplidamente las necesidades del hombre y abarcar toda su vida; para llenar

(1) Panem angelorum sub sacramento manducamus in terris; eundem sine sacramento manifestius edemus in cœlis. (S. Ciprian. Serm. de Cœna Dom.)

(2) Omnes una voce si interrogari possent, utrum beati esse vellent, sine ulla dubitatione, velle, responderent. (S. Aug., Confess. lib. 10, cap. 20.)